

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo, 16, 2-4, 12-15): *El pan que el Señor os da de comer.*

Salmo (77, 3 y 4bc, 23-24, 25 y 54): *«El Señor les dio un trigo celeste»*

2ª lectura (Efesios, 4, 17, 20-24): *Vestiros de la nueva condición.*

Evangelio (Juan 6, 24-35): *Yo soy el pan de vida.*

El hambre y la sed que todas las personas tenemos nos ayudan a subsistir en el mundo, a poder desarrollar nuestro cuerpo, sobre todo, si estamos alimentados convenientemente sin abusar de la comida ni de la bebida. También podemos hablar del hambre y de la sed de otras cosas: de las que dan verdadero sentido a nuestra vida, de las que aportan experiencias de plenitud, de las que colman el ansia de vivir.

Este es nuestro primer signo de comunicación con el exterior nada más nacer. Lloramos si tenemos hambre, dormimos cuando la comida nos ha dejado satisfechos. A los pocos meses comienzan los otros signos: ser contemplado por las personas que vamos reconociendo como cercanas y asiduas en nuestra vida cotidiana.

La necesidad de caricias, de besos nos irá haciendo comprender lo que es ser amado para poder amar también nosotros y expresarnos con sonrisas, con miradas cómplices, con tocar y agarrarnos a los dedos de las personas que sentimos cercanas a nosotros y a las personas que nos cuidan cada día.

Cuando vamos socializándonos fuera de nuestras familias vamos mostrando y reconociendo otras hambres y la necesidad de beber en otras fuentes. Ya no es solo el hambre y la sed físicas; está el hambre de saber, de encontrar respuestas a lo que acontece dentro y fuera de cada uno. Deberíamos añadir también de cada lugar del planeta ya que nunca ha sido lo mismo en todos los países y en todos los continentes.

Pero parece que hay unas constantes: la mala distribución de bienes y de tareas, así como el acaparar las riquezas naturales de cada lugar y no compartir las nuestras con los demás. Por ello mueren de hambre y de sed millones de personas al faltarles la alimentación de sus cuerpos y los recursos para lograrlos en sus tierras. El mercado manda, pone sus condiciones y destruye los alimentos que no producen dinero.

Cuando las personas queremos comprobar nuestra fuerza de voluntad, nuestros límites ante lo que se nos presenta como necesario y casi obligatorio, consideramos que es necesaria la experiencia de pasar hambre: ayunar o vivir con lo mínimo necesario para que se despierten en nuestro interior otras “hambres”. El hambre de buscar en nuestro interior lo que se ha dormido: ser más persona y no tener más cosas u ocupaciones que las faciliten. La sed de encontrarnos con otras personas para buscar juntos por esos caminos de solidaridad y de justicia universal. El hambre y la sed por vivir todos y no por eliminar a los que sobran.

La gente iba buscando a Jesús. Muchos los habían seguido por los signos que le vieron realizar en favor de los enfermos y Jesús les respondió con un signo más: los alimentó con los panes y los peces que un muchacho puso en sus manos. La generosidad de aquel joven, la acción de gracias de Jesús y la compasión del Padre hicieron que unos pocos panes y unos peces alcanzaran para saciar a aquella multitud y aun sobrarian suficientes pedazos para llenar doce canastos.

Este signo extraordinario desembocó en el deseo popular de hacer rey a Jesús. Él se retiró de nuevo a la montaña, solo. Y después discretamente se reunió con sus discípulos eludiendo a la muchedumbre. La gente suponía, con razón, que Jesús y sus discípulos habían regresado a Cafarnaúm y nos dice el evangelista que la gente fue hasta allí a buscar a Jesús.

«No me andan buscando por haber visto signos, sino por haber comido». Jesús les habla de sus afanes en buscarlo, como de un trabajo realizado para conseguir el pan que se acaba. Como acaban de comer los panes y los peces, hace alusión al maná que Moisés les dio a sus antepasados. Aquél no fue un signo de un solo día, sino que se repitió en una larga etapa del peregrinaje por el desierto. Tal vez ellos estarían pensando en que Jesús podría seguir multiplicando el alimento para todos.

No fue un don de Moisés, fue un don de Dios. Por eso les invita a cambiar y enfocar sus afanes en el otro alimento, el que dura para la vida eterna. Ahora, Dios les está ofreciendo un pan mejor: es aquél que baja del cielo y da la vida al mundo. Un pan que es Él mismo, enviado de Dios y que bajó del cielo.

«Yo soy el pan de vida». Sí es a Jesús a quien hay que buscar. Pero no hay que confundirlo con ideas o explicaciones, con comida u otros dones, con obras u otros signos. Es a él en persona a quien hay que buscar. El que va a Él y cree en Él nunca volverá a tener hambre ni sed.

Somos buscadores de Dios. Sin duda, lo podemos decir en voz alta. Pero nuestros intereses pueden ir desde los dones que de él recibimos, hasta los signos que esperamos, las explicaciones a nuestras dudas o la orientación sobre nuestro quehacer. ¿Buscamos a Jesús? *«La obra de Dios consiste en que creer en quien él ha enviado».* Creer, que es poner nuestra confianza en el enviado de Dios y no en nuestras propias cualidades, capacidades o relaciones: *«El que cree en mí nunca tendrá sed».*

